«Es cierto que toda época deja en la tradición
más huellas de su dolor que de su dicha.
Son los infortunios los que pasan a la historia.
Una instintiva convicción nos dice, sin embargo,
que la suma total de dicha de vivir, serena alegría
y dulce tranquilidad que fue otorgada a los hombres
no puede diferenciarse demasiado de un período a otro.
Y el brillo de la dicha que gozó la última Edad Media
no se ha extinguido aún por completo;
sigue viviendo en la canción popular,
en la música, en los tranquilos horizontes
del paisaje y en los graves rostros del retrato».

Alianza *Sendas*

El otoño de la Edad Media

Johan Huizinga

El otoño de la Edad Media

Estudios sobre la forma de la vida y del espíritu durante los siglos XIV y XV en Francia y en los Paises Bajos

Versión de José Gaos

Traducción del francés medieval:
Alejandro Rodríguez de la Peña

Alianza *Sendas*

Título original: *Herfsttij der Middeleeuwen*

Primera edición: 1978
Tercera edición: septiembre de 2026

Diseño de cubierta: Mucho

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción del francés medieval: Alejandro Rodríguez de la Peña
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1978, 2026
Calle Valentín Beato, 21
28037, Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 979-13-7009-310-5
Depósito legal: M-10511-2026
Impreso en España - *Printed in Spain*

Dedico este libro a la Facultad
de Filosofía de la Universidad
Eberhard Karl de Tubinga,
en testimonio de gratitud
por el Doctorado Honorario
que me otorgó.

Índice

11 Prólogo

13 1. El tono de la vida
47 2. Anhelo de una vida más bella
83 3. La concepción jerárquica de la sociedad
95 4. El ideal caballeresco
111 5. El sueño del heroísmo y del amor
123 6. Las órdenes militares y los votos caballerescos
139 7. La significación política y militar del ideal caballeresco
159 8. La estilización del amor
177 9. Las formas del trato amoroso
187 10. La imagen idílica de la vida
201 11. La imagen de la muerte
221 12. El espíritu religioso y su expresión plástica
259 13. Los tipos de religiosidad
281 14. La emoción y la fantasía religiosa
299 15. La decadencia del simbolismo
317 16. El «realismo» y los límites del pensamiento figurado
337 17. Las formas del pensar en la vida práctica
367 18. El arte y la vida
399 19. La sensibilidad estética
411 20. La imagen y la palabra I
447 21. La imagen y la palabra II
471 22. El advenimiento de la nueva forma

Prólogo

La necesidad de entender mejor el arte de los hermanos van Eyck y sus seguidores, y de ponerlo para ello en conexión con la vida de su tiempo fue el origen de este libro. En el curso de la investigación resultó, empero, otro cuadro, más amplio en muchos aspectos. Era evidente que los siglos XIV y XV en Francia y en los Países Bajos eran mucho más apropiados para darnos una idea del final de la Edad Media y de las últimas formas en que se manifiesta la cultura medieval que para poner ante nuestros ojos el despertar del Renacimiento.

Nuestro espíritu trata de conocer con predilección los «orígenes» y los «comienzos». Las promesas que ligan una época con la siguiente parécennos la mayoría de las veces más importantes que los recuerdos que la enlazan con la anterior. Así fue posible que se buscasen con tanta insistencia los gérmenes de la cultura moderna en la cultura medieval, que se llegase a dudar de la exactitud del concepto de Edad Media y aun pudiese parecer que esta época no había sido apenas otra cosa que la germinación del Renacimiento.

Pero el morir y el nacer van tan paso a paso en la historia como en la naturaleza. Seguir el declinar de las formas sobremaduras de la cultura no es menos importante —ni en modo alguno menos cautivador— que observar el nacimiento de las nuevas. No solo seremos más justos con artistas como los van Eyck, sino también con poetas como Eustache Deschamps, con historiógrafos como

Froissart y Chastellain, con teólogos como Jean Gerson y Dionisio «el Cartujo»; en suma, con todos los representantes del espíritu de esta época, no considerándolos como iniciadores y heraldos de lo venidero, sino como la expresión acabada del inmediato pretérito.

El autor tenía, en la época en que escribió este libro, menos conciencia que hoy del peligro que puede haber en comparar las secciones de la historia con las estaciones del año. Ruega, por ende, que se tome el título solo como una expresión figurada que pretende sugerir el tono del conjunto.

Leiden, noviembre de 1923

La nueva edición presenta algunas ampliaciones y correcciones.

Leiden, septiembre de 1927

1. El tono de la vida

Cuando el mundo era medio milenio más joven, tenían todos los sucesos formas externas mucho más pronunciadas que ahora. Entre el dolor y la alegría, entre la desgracia y la dicha, parecía la distancia mayor de lo que nos parece a nosotros. Todas las experiencias de la vida conservaban ese grado de espontaneidad y ese carácter absoluto que la alegría y el dolor tienen aún hoy en el espíritu del niño. Todo acontecimiento, todo acto, estaba rodeado de precisas y expresivas formas, estaba inserto en un estilo vital rígido, pero elevado. Las grandes contingencias de la vida —el nacimiento, el matrimonio, la muerte— tomaban con el sacramento respectivo el brillo de un misterio divino. Pero también los pequeños sucesos —un viaje, un trabajo, una visita— iban acompañados de mil bendiciones, ceremonias, sentencias y formalidades.

Para la miseria y la necesidad había menos lenitivos que ahora. Resultaban, pues, más opresivas y dolorosas. El contraste entre la enfermedad y la salud era más señalado. El frío cortante y las noches pavorosas del invierno eran un mal mucho más grave. El honor y la riqueza eran gozados con más fruición y avidez, porque se distinguían con más intensidad que ahora de la lastimosa pobreza. Un traje de ceremonia, orlado de piel, un vivo fuego en el hogar acompañado de la libación y la broma, un blando lecho, conservaban el alto valor de goce que acaso la novela inglesa ha sido la más perseverante

en recordar con sus descripciones de la alegría de vivir. Y todas las cosas de la vida tenían algo de ostentoso, pero cruelmente público. Los leprosos hacían sonar sus carracas y marchaban en procesión; los mendigos gimoteaban en las iglesias y exhibían sus deformidades. Todas las clases, todos los órdenes, todos los oficios, podían reconocerse por su traje. Los grandes señores no se ponían jamás en movimiento sin un pomposo despliegue de armas y libreas, infundiendo respeto y envidia. La administración de la justicia, la venta de mercancías, las bodas y los entierros, todo se anunciaba ruidosamente por medio de cortejos, gritos, lamentaciones y música. El enamorado llevaba la cifra de su dama; el compañero de armas o de religión, el signo de su hermandad; el súbdito, los colores y las armas de su señor.

El mismo contraste y la misma policromía imperaban en el aspecto externo de la ciudad y del campo. La ciudad no se diseminaba, como nuestras ciudades, en arrabales descuidados de fábricas aisladas y de casitas de campo uniformes, sino que se erguía rotunda, cercada por sus muros, con sus agudas torres sin número. Por altas y poderosas que fuesen las casas de piedra de los nobles o de los comerciantes, eran las iglesias las que dominaban con sus eminentes masas pétreas la silueta de la ciudad.

Así como el contraste del verano y el invierno era entonces más fuerte que en nuestra vida actual, lo era también la diferencia entre la luz y la oscuridad, el silencio y el ruido. La ciudad moderna apenas conoce la oscuridad profunda y el silencio absoluto, el efecto que hace una sola antorcha o una aislada voz lejana.

Por virtud de este universal contraste, de esas formas multicolores, con que todo se imponía al espíritu emergía de la vida diaria un incentivo, una sugestión apasionante, que se revela en los fluctuantes sentimientos de ruda turbulencia y áspera crueldad, pero también íntima emoción, entre los cuales oscila en la Edad Media la vida urbana.

Había un sonido que dominaba una y otra vez el rumor de la vida cotidiana y que, por múltiple que fuese, no era nunca confuso y lo elevaba todo pasajeramente a una esfera de orden y armonía: las campanas. Las campanas eran en la vida diaria como unos buenos espíritus monitorios que anunciaban con su voz familiar ya el duelo, ya la alegría, ya el reposo, ya la agitación; que ya convocaban, ya exhortaban. Se las conocía por sus nombres: la gruesa

Jacqueline, la campana *Roelant.* Se sabía lo que significaba el tocarlas y el repicarlas. Y, a pesar de los excesivos repiques, nadie era nunca sordo a su voz. Con ocasión del vituperado desafío entre dos ciudadanos de Valenciennes, que en 1455 puso en una tensión extraordinaria la ciudad y toda la corte de Borgoña, estuvo repicando, mientras duró la lucha, la gran campana, *«laquelle fait hideux a oyr»* («lo que era horrendo de oír»), dice Chastellain[1]. *«Sonner l'effroy; faire l'effroy»* quiere decir «repicar la campana de alarma»[2]. Cuán ensordecedor debe de haber sido el repique de todas las campanas de todas las iglesias y conventos de París, desde la mañana hasta la noche —e incluso durante toda la noche— con ocasión de haber sido elegido un Papa que iba a poner fin al cisma, o porque se había firmado la paz entre el Borgoñón y el Armagnac[3].

También las procesiones deben de haber sido de un efecto hondamente conmovedor. Si los tiempos estaban revueltos, y esto pasaba con frecuencia, tenían lugar muchas veces a diario, e incluso una semana detrás de otra. Cuando las lamentables discusiones entre las Casas de Orleáns y de Borgoña acaban provocando la guerra civil y el rey Carlos VI toma en 1412 la oriflama para combatir con Juan *Sin Miedo* a los Armagnac, que se habían hecho traidores a la patria contrayendo una alianza con Inglaterra, se ordena que se celebren en París procesiones todos los días, mientras el rey se encuentre en territorio enemigo. Estas procesiones duran desde finales de mayo hasta bien entrado julio, siempre con distintos grupos, órdenes o gremios, siempre recorriendo distintos trayectos y con distintas reliquias: *«les plus piteuses processions qui oncques eussent été veues de aage de homme»* («las procesiones más piadosas que había visto esa generación»). Todos marchaban en ella descalzos y con el estómago vacío, los señores del Parlamento exactamente lo mismo que los más pobres ciudadanos. Todo el que podía llevaba un cirio o una antorcha; entre los asistentes, siempre muchos niños pequeños. Hasta de las aldeas que rodeaban París acudían

[1] *Oeuvres de Georges Chastellain,* ed. Kervyn de Lettenhove, ocho volúmenes, Bruselas, 1863-1866, III, pág. 44.

[2] Chastellain, II, pág. 267; *Mémoires d'Olivier de la Marche,* ed. Beaune et d'Arbaumont (Soc. de l'histoire de France), 1883-1888, cuatro volúmenes, II, pág. 248.

[3] *Journal d'un bourgeois de Paris,* ed. A. Tuetey (Publ. de la Soc. de l'histoire de Paris, Doc. núm. III), 1881, págs. 5-56.

los pobres campesinos con los pies desnudos. Y el que no iba en la procesión, la contemplaba: *«en grant pleur, en grant lermes, en grant devocion»* («con gran llanto, con grandes lágrimas, con gran devoción»). Ahora bien, durante todo aquel tiempo llovió copiosa y fuertemente[4].

Había además las entradas de los príncipes, preparadas con toda la ingeniosa habilidad artística de que entonces se disponía. Y había ejecuciones capitales con una ininterrumpida frecuencia. El cruel incentivo y la emoción grosera que emergían del cadalso eran un importante elemento en el sustento espiritual del pueblo. Para los crímenes más horribles había inventado la justicia castigos pavorosos. Un joven incendiario y asesino fue colocado, en Bruselas, atado a una cadena que podía girar en un anillo en torno a un poste, en medio de un círculo de montones de ramas encendidas. El joven se ofrece a sí mismo como ejemplo; en conmovedoras palabras dirigidas al pueblo: *«et tellement fit attendrir les coeurs que tout le monde fondait en larmes de compassion. Et fut sa fin recommandée la plus belle que l'on avait oncques vue»* («y de tal forma hizo enternecerse los corazones que todo el mundo vertió lágrimas de compasión. Y su final fue considerado como el más bello que nunca se había visto»)[5]. Messire Mansart du Bois, un Armagnac que fue decapitado en París en 1411, en la época de la terrorífica dominación borgoñona, no solo otorga su perdón al verdugo, que se lo pide conforme a la costumbre, sino que llega a rogarle que lo bese. *«Foison de peuple y avoit, qui quasi tous ploroient à chaudes larmes»* («había allí una gran multitud de gente, casi todos los cuales vertieron ardientes lágrimas»)[6]. Con frecuencia eran los sacrificados grandes señores, y entonces gozaba el pueblo de la satisfacción de una justicia rigurosa y de la grave advertencia sobre la mutabilidad de las grandezas terrenales, más vivamente que contemplando ningún ejemplo pintado ni danza alguna de la muerte. La autoridad se cuidaba de que nada faltase para que fuese acabada la impresión

[4] *Journal d'un bourgeois,* págs. 20-24; cf. *Journal de Jean de Roye, dite Chronique Scandaleuse,* ed. B. de Mandrot (Soc. de l'histoire de France), 1894-1896, dos vols., I, pág. 330.

[5] Chastellain, III, pág. 461; cf. V, pág. 403.

[6] Jean Juvenal des Ursins, 1412, ed. Michaud et Poujoulat, *Nouvelle collection des mémoires,* II, 1412, pág. 474.

del espectáculo. Ostentando los signos de su grandeza, recorrían aquellos señores el fatal camino. Jean de Montaigu, *grand maître d'hôtel* del rey, víctima del odio de Juan *Sin Miedo,* se dirige al cadalso sentado en lo alto de una carreta y precedido de dos trompeteros; lleva su traje de ceremonia: gorro, jubón y calzón corto, mitad blanco, mitad rojo, y espuelas doradas en los pies; y con las espuelas doradas quedó colgando del patíbulo el cadáver decapitado. El rico canónigo Nicolás d'Orgemont, víctima en 1416 de la venganza de los Armagnac, fue paseado por París en un carro de la basura, con un gran manto violeta y una gorra del mismo color, para asistir a la decapitación de dos compañeros, antes de ser encarcelado él mismo para el resto de su vida: «*au pain de doleur et à eaue d'angoisse*» («hacia el pan de la angustia y el agua de tribulación»). La cabeza de *maître* Oudart de Bussy, que había obtenido por la violencia un puesto en el parlamento, fue desenterrada por orden expresa de Luis XI y expuesta a la pública contemplación en la plaza del mercado de Hesdin, con una gorra escarlata y forrada de pieles, «*selon la mode des conseillers de parlament*» («al estilo de los miembros del parlamento»), y una poesía explicativa. El rey mismo escribe horribles ingeniosidades sobre este caso[7].

Más raras que las procesiones y las ejecuciones eran las predicaciones de los misioneros, que venían de tiempo en tiempo para sacudir al pueblo con su voz. Nosotros, lectores de periódicos, apenas podemos imaginarnos el poderoso efecto de la palabra hablada sobre un espíritu ingenuo e ignorante. El hermano Ricardo, predicador popular, predicó en París, en 1429, durante diez días sucesivos. Hablaba desde las cinco hasta las diez o las once de la mañana en el cementerio de los Inocentes, bajo cuyas galerías estaba pintada la célebre «Danza de la muerte», de espaldas a las fosas comunes, en las cuales yacían amontonados y rebasando de la arcada los cráneos, a la vista del público. Cuando después de su décimo sermón anunció que era el último, porque no había obtenido permiso para más, «*les gens grands et petiz plouroient si piteusement et si fondement comme s'ilz veissent porter en terre leurs meilleurs amis, et lui aussi*» («las

[7] *Journal d'un bourgeois,* págs. 6-70. Jean Molinet, *Chronique,* ed. Buchon (Coll. de chron. nat.), 1827-28, cinco vols., II, pág. 23. *Lettres de Louis XI*, ed. Vaesen. Charavay, de Mandrot (Soc. de l'histoire de France) 1883-1909, II vols., 20 abril 1477, VI, pág. 158; *Chronique scandaleuse,* II, pág. 47; ídem *Interpolations,* II, pág. 364.

gentes, grandes y pequeñas, lloraron tan piadosa y hondamente como si estuviesen viendo enterrar a sus mejores amigos, y también él llegó a llorar»). Cuando, por fin, abandona París, cree el pueblo que aún predicará el domingo en Saint-Denis. En grandes tropeles —acaso seis mil personas en total, dice el *bourgeois* de París— salen el sábado por la tarde de la ciudad para asegurarse un buen puesto, y pasan la noche en el campo[8].

También al franciscano Antoine Fradin le fue prohibido predicar en París, porque clamaba contra el mal gobierno de la nación. Pero justamente por esto le amaba el pueblo, que le guardaba día y noche en el convento de los *cordeliers.* Las mujeres montaban la guardia, prestas sus municiones de cacharros y piedras. Al pregón de que aquella vigilancia queda prohibida, la multitud se echa a reír: ¡el rey no sabe nada de esto! Cuando, por último, Fradin tiene que abandonar la ciudad, desterrado, el pueblo le da escolta, *«crians et soupirans moult fort son departement»* («gritando y suspirando ruidosamente a causa de su partida»)[9].

Cuantas veces llega para predicar el dominico san Vicente Ferrer salen a recibirle, cantando sus alabanzas, el pueblo, la magistratura, el clero y hasta los obispos y prelados de todas las ciudades. Viaja con un numeroso tropel de partidarios, que hacen procesiones con flagelaciones y cánticos todas las tardes, después de la puesta del sol. En cada ciudad se suman a él nuevos tropeles. San Vicente se ve obligado a regular cuidadosamente la manutención y el hospedaje de todos sus acompañantes, nombrando maestres de alojamiento a los varones más íntegros. Viajan con él numerosos sacerdotes de diversas órdenes para ayudarle a tomar la confesión y asistirle en el servicio de la misa. Le acompañan algunos notarios, para dar fe de los juicios de conciliación que el santo predicador promueve y corona con éxito en todas partes. Allí donde predica es necesario un valladar de madera para protegerle con su séquito de la presión de la muchedumbre, que quisiera besarle la mano o el hábito. Los talleres permanecen silenciosos mientras él predica. Solo raras veces dejaba de hacer llorar a su auditorio; y cuando hablaba del juicio final y de las penas del infierno, o de los dolores

[8] *Journal d'un bourgeois,* pág. 234-237.
[9] *Chron. scand.,* II, págs. 70-72.

del Salvador, prorrumpían siempre, tanto él como sus oyentes, en tan gran llanto que necesitaban permanecer después en silencio mucho tiempo, hasta que el llanto se calmaba. Los arrepentidos se arrojaban al suelo delante de todos los presentes, para confesar con lágrimas sus grandes pecados[10]. Cuando el célebre Olivier Maillard predicó, en 1485, los sermones de Cuaresma en Orleáns, treparon tantas personas a los tejados de las casas que el pizarrero empleó sesenta y cuatro días en los trabajos de reparación[11].

Es el mismo estado de ánimo de los *revivals* angloamericanos y del Ejército de Salvación, pero intensificado hasta lo infinito y con una publicidad mucho mayor. No se debe ver en la descripción de la influencia de Ferrer una piadosa exageración de sus biógrafos. El seco y prosaico Monstrelet describe casi del mismo modo el efecto que provocó, en 1428, en el norte de Francia y en Flandes, con sus predicaciones cierto hermano Tomás que se hacía pasar por carmelita, pero que fue desenmascarado más tarde como un impostor. También a él salía a recibirle la magistratura, mientras los nobles llevaban de las riendas su mula. También por él dejaban muchas personas —entre ellas señores, que Monstrelet llama por sus nombres— su casa y su servidumbre para seguirle a todas partes. Los ciudadanos más distinguidos adornaban el alto púlpito, que erigían para él, con los tapices más costosos que podían encontrar.

Junto a la Pasión y los Novísimos era, ante todo, la condenación del lujo y de la vanagloria el tema con que los predicadores populares conmovían tan profundamente a su auditorio. El pueblo, dice Monstrelet, estaba agradecido y era afecto al hermano Tomás, ante todas las cosas, porque flagelaba la pompa y la ostentación y, en especial, porque abrumaba de reproches a la nobleza y al clero. Este predicador, cuando se aventuraban a introducirse entre sus oyentes damas distinguidas, con su elevado tocado *(hennin),* solía azuzar contra ellas (con la promesa de las indulgencias, según Monstrelet) a los mozalbetes, con la exclamación: *«au hennin, au hennin!»,* de tal suerte que las mujeres no se atrevieron a seguir llevando *hennins*

[10] *Vita auct. Petro Ranzano O. P.* (1455), *Acta sanctorum Apr.,* t. I, págs. 494 y ss.
[11] J. Soyer, *Notes pour servir à l'histoire littéraire. Du succès de la prédication de frère Olivier Maillart à Orléans en 1485, Bulletin de la société archéologique et historique de l'Orléanais,* t. XVIII, 1919, según la *Revue historique,* t. CXXXI, pág. 351.

durante todo aquel tiempo, y llevaban cofias, como si fuesen beguinas. Dice el sencillo cronista:

Mais à l'exemple du lymeçon, lequel quand on passe près de luy retrait ses cornes par dedens et quand il ne ot plus riens les reboute dehors, ainsy firent ycelles. Car en assez brief terme après que ledit prescheur se fust départy du pays, elles mesmes recommencèrent comme devant et oublièrent sa doctrine, et reprinrent petit à petit leur viel estat, tel au plus grant qu'elles avoient accoustumé de porter[12].

Entretanto, actuaron siguiendo el ejemplo del caracol, que oculta sus cuernos cuando alguien se acerca y, cuando ya no oye a nadie, los vuelve a mostrar. Porque apenas el dicho predicador abandonó la región, comenzaron a comportarse otra vez como antes, olvidando su doctrina, y, poco a poco, volvieron a ataviarse con la antigua ostentación, tanto o más de lo que habían anteriormente acostumbrado.

Tanto el hermano Ricardo como el hermano Tomás hacían encender piras de objetos de lujo y vanidad, como sesenta años después las hizo arder Florencia ante Savonarola en enorme cantidad y con pérdidas irreparables para el arte. En París y el Artois se repitieron durante los años 1428 y 1429, con naipes, tableros de juegos, dados, prendas de tocado y toda clase de objetos de adorno, que aportaban gustosos hombres y mujeres. Estas piras fueron durante el siglo xv, tanto en Francia como en Italia, un elemento frecuentemente repetido de la gran emoción que causaban los predicadores[13]. Era la forma ceremonial en que se había encarnado el arrepentimiento y la aversión a la vanagloria y a los placeres; era la estilización de una vehemente emoción, en un acto colectivo y solemne, pues aquellos tiempos propendían en todo a la creación de formas estilizadas.

Es necesario penetrar con la imaginación en toda esta susceptibilidad del espíritu, en toda esta sensibilidad para las lágrimas y para el arrepentimiento, en toda esta excitabilidad, si se quiere apreciar el colorido y la intensidad que tenía la vida.

Un duelo oficial hacía entonces sobre el individuo la misma impresión que una calamidad pública. Cuando en el entierro de Carlos VII el pueblo se desbordó totalmente de emoción al ver el fúnebre cortejo,

[12] Enguerrand de Monstrelet: *Chroniques,* ed. Douët d'Arcq. (Soc. de l'histoire de France), 1857-1862, seis vols., iv; págs. 302-306.

[13] Wadding: *Annales Minorum,* x, pág. 72; K. Hefele, *Der h. Bernhardin von Siena und die franziskanische Wanderpredigt in Italien,* Friburgo, 1912, págs. 47-80.

todos los funcionarios de la corte, *«vestus de dueil angoisseux, lesquelz il faisoit moult piteux veoir, et de la grant tristesse et courroux qu'on leur veoit porter pour la mort de leur dit maistre, furent grant pleurs et lamentacions faictes parmy tout ladicte ville»* («vestidos de pavoroso duelo, lo que era muy edificante de ver, y debido a la gran tristeza y aflicción que mostraban por la muerte de su dicho señor, llevaron a cabo grandes demostraciones de lamentación y llanto a lo largo y ancho de la mencionada ciudad»). Iban en el cortejo seis pajes del rey sobre caballos totalmente revestidos de terciopelo negro: *«et Dieu scet le doloreux et piteux dueil qu'ilz faisoient pour leur dit maistre»* («y Dios sabe el lastimoso y piadoso duelo que hicieron por su dicho señor»). El pueblo refería, lleno de emoción, cómo de pesar uno de aquellos mozos no había comido ni bebido nada en cuatro días[14].

Pero no es solamente la emoción provocada por un gran duelo, o por un sermón fogoso, o por los misterios de la fe, la que tiene por consecuencia un desbordamiento de lágrimas. También se vertía un mar de lágrimas en todas las solemnidades profanas. Un enviado del rey de Francia a Felipe *el Bueno* prorrumpe varias veces en llanto durante su discurso. Al despedirse el joven Juan de Coimbra de la corte de Borgoña, todos lloran en voz alta, y lo mismo al saludar Felipe *el Bueno* al delfín y al encontrarse los reyes de Francia y de Inglaterra en Ardres. Todos vieron a Luis XI verter lágrimas a su entrada en Arras, y en la época de su estancia como príncipe heredero de la corte de Borgoña le describe Chastellain sollozando y llorando repetidas veces[15]. Estas descripciones son exageradas, naturalmente. Puede comparárselas con el «todos los ojos quedaron arrasados en lágrimas» de un periodista. En la descripción del Congreso de la Paz de Arras, en 1435, hace Jean Germain caer a tierra a los oyentes, entre suspiros, sollozos y gemidos, presas de emoción, al escuchar los conmovedores discursos de los embajadores[16].

[14] *Chron. scand.,* I, pág. 22, 1461; Jean Chartier: *Hist. de Charles VII,* ed. N. Godefroy, 1661, pág. 320.

[15] Chastellain, III, págs. 36, 98, 124-125, 210, 238-239, 247, 474; Jacques du Clercq: *Mémoires* (1448-1467), ed. de Reiffenberg, Bruselas, 1823, cuatro vols., IV, pág. 40; II, págs. 280, 355; III, pág. 100; Juvenal des Ursins, págs. 405, 407, 420; Molinet, III, págs. 36, 314.

[16] Jean Germain: *Liber de virtutibus Philippi ducis Burgundiae,* ed. Kervyn de Lettenhove, *Chron. rel. à l'hist. de la Belg. sous la dom. des ducs de Bourg.* (Coll. des chron. belges), 1876, II, pág. 50.

No habrá sido así seguramente; pero el obispo de Châlons decía que así debía ser. En la exageración se ve el fondo de verdad. Sucede lo mismo que con los mares de lágrimas de los sensibleros del siglo XVIII. Llorar era distinguido y bello. Y, ademas, ¿quién no conoce la intensa conmoción —hasta llegar a los estremecimientos y las lágrimas— que aún hoy puede provocar la pomposa entrada de un príncipe, aunque este nos sea indiferente? Esta fácil emotividad se colmaba entonces de una veneración semirreligiosa por la pompa y la grandeza y se abría curso en sinceras lágrimas.

Quien no vea la diferencia de excitabilidad existente entre el siglo XV y nuestro tiempo puede comprenderla por otro pequeño ejemplo sacado de una esfera distinta de la de las lágrimas: la de la cólera. Probablemente es difícil para nosotros imaginar un juego más pacífico y sosegado que el ajedrez. Pues bien, La Marche dice que en el ajedrez surgen discusiones *«et que le plus saige y pert patience»* («e incluso el más sabio llega a perder la paciencia»)[17]. Una riña entre los hijos del rey sobre el tablero del ajedrez seguía siendo en el siglo XV un motivo de historias tan corriente como en las novelas carolingias.

La vida diaria ofrecía de continuo ilimitado espacio para un ardoroso apasionamiento y una fantasía pueril. Nuestras investigaciones históricas sobre la Edad Media, que prefieren beber todo lo posible en los documentos oficiales, por desconfianza hacia las crónicas, incurren con ello muchas veces en un peligroso error. Los documentos nos dan escasa noticia de la diferencia en el tono de la vida que nos separa de aquellos tiempos, y nos hacen olvidar el vehemente *pathos* de la vida medieval. De todas las pasiones que la colman de color, los documentos mencionan, por lo regular, solo dos: la codicia y la belicosidad. ¿Quién no se ha admirado frecuentemente de la vehemencia y la obstinación casi inconcebibles con que la codicia, el espíritu bélico y la sed de venganza se destacan en los documentos judiciales de aquel tiempo? Solo en conexión con el general apasionamiento que inflamaba todas estas esferas de la vida resultan estos rasgos admisibles y comprensibles para nosotros. Para comprender con justeza aquellos tiempos son, pues, indispensables los cronistas, por superficiales que puedan ser y por frecuentemente que yerren en lo tocante a los hechos.

[17] La Marche, I, pág. 61.

La vida seguía ostentando en más de un aspecto el color de la leyenda. Si los cronistas de la corte, varones distinguidos y eruditos, que conocían de cerca a sus príncipes, no aciertan a ver ni a describir a aquellas serenísimas personas de otro modo que en una forma arcaica, hierática, cuán grande tiene que haber sido el mágico brillo de la realeza para la ingenua fantasía popular. Pondremos un ejemplo de aquel tono legendario, tomado de la obra histórica de Chastellain: el joven Carlos *el Temerario,* todavía conde de Charolais, llega de Sluis a Gorkum y oye allí que su padre, el duque, ha confiscado su pensión y todos sus beneficios. Chastellain describe cómo el conde reúne en su presencia a toda su comitiva, hasta los pinches de cocina, y comunica a todos su infortunio en un discurso conmovedor, en el cual atestigua su veneración por su padre, su cuidado por el bienestar de los suyos y su amor por todos ellos. A los que tienen recursos propios les invita a afrontar con él su destino; a los que son pobres los deja en libertad de partir, y si un día oyen que la suerte del conde ha mejorado, «retornad entonces, y encontraréis todos libres vuestros puestos, y seréis bien venidos a mí, y yo os recompensaré por la paciencia que habéis mostrado por amor mío». *«Lors oyt-l'on voix lever et larmes espandre et clameur ruer par commum accord: nous tous, nous tous, monseigneur, vivrons avecques vous et mourrons»* («entonces se oyeron voces y se extendieron los lamentos y clamaron todos a una: todos nosotros, todos nosotros, monseñor, viviremos y moriremos con vos»). Profundamente conmovido acepta Carlos sus manifestaciones de fidelidad: *«Or vivez doncques et souffrez; et moy je souffreray pour vous, premier que vous ayez faute»* («permaneced aquí entonces y sufrid; yo, por mi parte, sufriré por vosotros antes que veros en necesidad»). Entonces se le acercan los nobles y le ofrecen todo lo que poseen, *«disant l'un: j'ay mille, l'autre: dix mille, l'autre»: j'ay cecy, j'ay cela pour mettre pour vous et pour attendre tout vostre advenir* («dice uno: yo tengo mil, otro: diez mil, un tercero: yo tengo esto o lo otro para ponerlo a vuestro servicio y atenderos en todo lo que os acontezca»). Y todo continuó su marcha habitual y no hubo por ello ninguna gallina de menos en la cocina[18].

El colorido del cuadro es, naturalmente, de Chastellain. No sabemos hasta qué punto estiliza su relato lo sucedido realmente. Pero

[18] Chastellain, IV, págs. 333 y s.

lo importante es esto: que ve al príncipe en las sencillas formas de la balada popular, que el caso está completamente lleno para él de los movimientos más primitivos de una fidelidad mutua que se exterioriza con épica simplicidad.

Mientras que el mecanismo de la administración y de la hacienda públicas ya había tomado, en realidad, más complicadas formas, la política se proyecta en el espíritu del pueblo encarnada en figuras individuales, simples y fijas. Las ideas políticas, en medio de las cuales se vive, son las de la canción popular y las del libro de caballerías. Se reducen, por decirlo así, los reyes de la época a un número limitado de tipos, cada uno de los cuales responde más o menos a un motivo de canciones o aventuras: el príncipe noble y justo, el príncipe engañado por malos consejeros, el príncipe vengador del honor de su estirpe, el príncipe amparado en la desgracia por la fidelidad de los suyos. Los ciudadanos de un Estado del último período de la Edad Media, que soportan pesadas cargas y carecen de voz en la administración de los fondos públicos, viven en una desconfianza permanente, dudando de si se derrochan sus dineros o si se emplean para el provecho y utilidad del país. Esta desconfianza de la administración pública se traduce en la idea más simple de que el rey está rodeado de consejeros codiciosos y astutos, o de que el derroche y la prodigalidad de la corte tienen la culpa de que le vaya mal al país. De esta suerte es como las cuestiones políticas se reducen para el pueblo a los hechos típicos de la leyenda. Felipe *el Bueno* sabía hablar el lenguaje comprensible para el pueblo. Durante los festejos de La Haya en 1456, y para causar impresión ante los holandeses y los frisones, que podían creer que le faltaba dinero para apoderarse del obispado de Utrecht, manda exponer en una cámara contigua a la sala de los caballeros treinta mil marcos de plata en costosos recipientes. Todos pueden pasar a contemplarlos. Pero, además, se traen de Lila dos cajas de caudales con doscientos mil leones de oro, y se permite sopesarlas…; pero el esfuerzo es vano[19]. ¿Cabe imaginar una mezcla más pedagógica de crédito público y espectáculo de feria?

La vida y la conducta de los príncipes tienen además, muchas veces, una dimensión de fantasía que nos recuerda a los califas de *Las mil y una noches.* En medio de las empresas políticas fríamente cal-

[19] Chastellain, III, pág. 92.

culadas obran a menudo con una impetuosidad temeraria que pone en peligro su vida y su obra por un simple capricho personal. Eduardo III se juega su vida y la del príncipe de Gales y la prosperidad de su país por atacar una flota de buques mercantes españoles, en castigo de algunas piraterías[20]. A Felipe *el Bueno* se le mete en la cabeza casar a uno de sus arqueros con la hija de un rico cervecero de Lila. Como el padre se opone y hace que el Parlamento de París intervenga en el asunto, el duque, ardiendo en furor, interrumpe súbitamente los importantes negocios de Estado que lo retenían en Holanda, y emprende en plena Semana Santa un peligroso viaje por mar desde Rotterdam a Sluis, para imponer su capricho[21]. Otra vez, lleno de una cólera insensata a causa de una disputa con su hijo, se escapa a caballo y en secreto de Bruselas, como un escolar fugitivo, y se extravía de noche en el bosque. Cuando regresa toca la espinosa tarea de traerlo a su vida habitual al caballero Philippe Pot. El diestro cortesano encuentra las palabras justas: *«Bonjour, monseigneur, bonjour, qu'est cecy? Faites-vous du roy Artus maintenant ou de Messire Lancelot?»* («buenos días, mi señor, buenos días, ¿qué es esto? ¿Estáis vos ahora representando al rey Arturo o a mi señor Lanzarote?»)[22].

El mismo duque nos recuerda a un califa cuando, al hacerse cortar el pelo al rape, como le habían prescrito los médicos, ordena que todos los nobles hayan de imitarle, y da a Pedro de Hagenbach el encargo de despojar de su cabellera a todo noble que encuentre sin rapar[23]. O el joven rey Carlos VI de Francia, cuando contempla, disfrazado y montado con un amigo en un mismo caballo, la entrada de su propia prometida, Isabel de Baviera, y en medio de las apreturas de la gente recibe unos palos de los encargados del orden[24]. Un poeta censura que los príncipes nombren consejero áulico o ministro a su bufón, como fue nombrado *Coquinet, le fou de Bourgogne* (Coquinet, el bufón de Borgoña)[25].

[20] Jean Froissart: *Chroniques,* ed. S. Luce et G. Raynaud (Soc. de l'histoire de France), 1869-1899, II vols. (solo hasta 1385), IV, págs. 89-93.
[21] Chastellain, III, págs. 85 y ss.
[22] Ibídem, III, pág. 279.
[23] La Marche, II, pág. 421.
[24] Juvenal des Ursins, pág. 379.
[25] Martin Le Franc: *Le Champion des dames,* en G. Doutrepont, *La littérature française à la cour des ducs de Bourgogne* (Bibl. du XV[e] siècle, t. VIII), París, Champion, 1909, pág. 304.

La política no está encerrada todavía en los límites de la burocracia y del protocolo. El príncipe puede sustraerse a ellos en todo momento para buscar en otra parte la línea directriz de su conducta. Así, por ejemplo, los príncipes del siglo XV buscan repetidamente en los negocios de Estado el consejo de los ascetas visionarios y de los predicadores exaltados. Dionisio *el Cartujo* y san Vicente Ferrer actuaron de consejeros políticos. El ruidoso predicador Olivier Maillard estaba iniciado en las más secretas negociaciones entre las cortes de los príncipes[26]. De esta suerte, había un vivo elemento de exaltación religiosa en la alta política.

A fines del siglo XIV y comienzos del siglo XV, al alzar la vista para contemplar el elevado espectáculo de la vida y del destino de los príncipes, los espíritus deben de haberse sentido más poseídos que nunca por la idea de que se desarrollaban allí, en una sangrienta esfera romántica, desnudas y caóticas tragedias, llenas de los más emocionantes derrumbamientos de la majestad y la grandeza. En el mismo mes de septiembre de 1399, cuando el Parlamento inglés se reunía en Westminster para escuchar la declaración de que el rey Ricardo II, vencido y hecho prisionero por su primo Lancaster, había renunciado al trono, estaban congregados ya en Maguncia los príncipes electores de Alemania para deponer también a su rey, Wenceslao de Luxemburgo, de espíritu tan versátil y caprichoso, y tan incapaz de reinar, como su cuñado inglés, con la sola diferencia de que no tuvo un fin tan trágico. Wenceslao siguió siendo largos años rey de Bohemia, pero a la deposición de Ricardo siguió su misteriosa muerte en prisión, que trae a la memoria el asesinato de su bisabuelo Eduardo II setenta años antes. ¿No era la corona una funesta prerrogativa llena de peligros? En el tercer gran reino de la cristiandad un demente estaba en el trono, Carlos VI, y el país fue asolado al punto por una feroz lucha de partidos. En 1407 estalló la rivalidad entre las casas de Orleáns y de Borgoña, convirtiéndose en una pública hostilidad. Luis de Orleáns, hermano del rey, cayó bajo los golpes de los asesinos a los que había pagado su primo el duque de Borgoña, Juan *Sin Miedo.* Doce años después, la venganza: en 1419 fue asesinado a traición Juan *Sin Miedo,* con

[26] *Acta sanctorum Apr.,* t. I, pág. 496; A. Renaudet: *Préréforme et humanisme a Paris,* 1494-1517, París, Champion, 1916, pág. 163.

motivo de la solemne entrevista en el puente de Montereau. Los asesinatos de estos dos príncipes, con su secuela de venganzas y luchas sin fin, han impreso un sello de odio sombrío en la historia de Francia durante un siglo entero. El espíritu popular ve todas las desdichas que experimenta Francia a la luz de aquel gran motivo dramático. No acierta a comprender aún otras causas que las personales y pasionales.

A todo esto hay que añadir todavía los turcos, los cuales avanzan cada vez más amenazadores, y quienes pocos años antes, en 1396, han aniquilado en Nicópolis el magnífico ejército de caballeros franceses que había partido descuidado, bajo el mando del mismo Juan de Borgoña, entonces aún conde de Nevers. Y la cristiandad está desgarrada por el gran cisma, que dura ya un cuarto de siglo: dos que se llaman papas, cada uno de ellos apasionadamente convencido de su legitimidad y reconocido por una parte de los países occidentales. Y cuando el Concilio de Pisa de 1409 fracasa vergonzosamente en su intento de restablecer la unidad de la Iglesia, son tres los que luchan por la dignidad papal. *Le pappe de la Lune* llamaba la voz pública en Francia al obstinado aragonés Pedro de Luna, que se sostuvo en Aviñón bajo el nombre de Benedicto XIII. ¿No habrá tenido este *pappe de la Lune* un eco de locura para el pueblo sencillo?

En aquellos siglos erraba, pues, por las cortes más de un rey destronado, casi siempre pobre de medios y rico en planes, rodeado del brillo maravilloso de Oriente, de donde procedía. Armenia, Chipre, la misma Constantinopla… Figuras todas del cuadro de la rueda de la fortuna, en el cual caen dando tumbos los reyes con sus cetros y coronas. No se contaba entre ellos René de Anjou. Aunque era un rey sin corona, vivía plácidamente en sus ricos dominios de Anjou, en Provenza. Sin embargo, en nadie podía verse encarnada con más nitidez la veleidad de la fortuna de los príncipes que en este príncipe de la casa de Francia que había perdido repetidas veces las ocasiones más propicias, que había aspirado a las coronas de Hungría, Sicilia y Jerusalén, y que no había cosechado otra cosa que descalabros, penosas fugas y largos cautiverios. Aquel rey poeta sin trono, que se complacía en las poesías pastorales y en el arte de la miniatura, debía de padecer de una frivolidad profundamente arraigada; de otro modo, le hubiese curado su

suerte. Después de haber visto morir a casi todos sus hijos, la hija que le quedó tuvo un destino que superó incluso el suyo en sombría pesadumbre. Margarita de Anjou, mujer llena de espíritu, ambición y pasión, se había desposado a los dieciséis años con el rey de Inglaterra Enrique VI, que era débil mental. La corte inglesa era un infierno de odio. En ninguna parte estaban tan arraigados en las costumbres políticas como en Inglaterra la desconfianza hacia los parientes del rey, la acusación contra los servidores poderosos de la corona y los asesinatos secretos y de justicia, causados por el afán de seguridad y el partidismo. Largos años vivió Margarita en aquella atmósfera de persecución y de terror, hasta que entró en el estadio de la violencia pública y sangrienta la gran disensión de familia entre los Lancaster, la casa de su esposo, y los York, la de sus numerosos e inquietos primos. Entonces perdió Margarita su corona y sus propiedades. Las fluctuaciones de la guerra de las Dos Rosas la hicieron pasar por los más espantosos peligros y por las más amargas necesidades. Oculta, por último, en una hospedería de la corte de Borgoña, le hizo por su propia boca a Chastellain[27], el cronista de la corte, un conmovedor relato de su infortunio y de sus malandanzas: de cómo había tenido que confiarse con su hijito a la compasión de un salteador de caminos; de cómo una vez en misa había tenido que pedir una moneda para la ofrenda a un arquero escocés, *«qui demy à dur et à regret luy tira un gros d'Escosse de sa bourse et le luy presta»* («quien, a medias reluctante y con remordimiento, tomó una moneda escocesa de su bolsa y se la prestó»). El buen historiador, conmovido por tanta cuita, le dedicó como consuelo un *«Temple de Bocace, aucun petit traité de fortune, prenant pied sur son inconstance et déceveuse nature»,* («el *Templo de Bocaccio,* un pequeño tratado sobre la fortuna, basado en su naturaleza inconstante y engañosa»). Creía, con arreglo a la acreditada receta de aquellos días, que nada podría confortar a la atribulada princesa mejor que una lúgubre galería de desdichas principescas. Ninguno de los dos podía sospechar que aún esperaba a Margarita lo peor: en 1471 fueron derrotados definitivamente en Tewkesbury los

[27] Chastellain, IV, págs. 300 y ss.; VII, pág. 75; cf. Thomas Basin: *De rebus gestis Caroli VII, et Lud. XI, historiarum libri XII,* ed. Quicherat (Soc. de l'histoire de France), 1855-1859, 4 vols., I, pág. 158.

Lancaster, su único hijo cayó en la batalla o fue asesinado después de ella, su esposo fue muerto secretamente y ella misma pasó cinco años en la *Tower,* para ser vendida, en último término, por Eduardo IV a Luis XI, al cual hubo de ceder la herencia de su padre, el rey René, como prueba de gratitud por su liberación.

Si los príncipes auténticos padecían semejantes destinos, ¿cómo no había de prestar fe un ciudadano de París a los cuentos de coronas perdidas y de destierros con que a veces trataban de despertar el interés y la compasión algunos vagabundos? En 1427 apareció en París una banda de gitanos, que se hacían pasar por penitentes, «*ung duc et ung conte et dix hommes tous à cheval*» («un duque y un conde y diez hombres, todos a caballo»). El resto, ciento veinte personas, tuvo que permanecer fuera de la ciudad. Decían ser de Egipto. El Papa les había impuesto, como penitencia por su apostasía de la fe cristiana, siete años de peregrinación, sin dormir en ningún lecho. Habían sido, al decir de ellos, aproximadamente mil doscientos, pero su rey y su reina y todos los demás habían muerto por el camino. Por única ayuda había ordenado el Papa que todos los obispos y abades les diesen diez libras tornesas. Los parisienses acudieron en grandes masas a contemplar aquel pequeño pueblo extraño y se dejaron decir la buenaventura por las mujeres, que hicieron pasar el dinero de las bolsas de las buenas gentes a las suyas propias «*par art magicque ou autrement*» («por arte de magia o por otros medios»)[28].

Una aureola de aventura y de pasión rodeaba la vida de los príncipes, mas no era solamente la fantasía popular la que le prestaba este colorido. El hombre moderno no se hace idea, por lo regular, de la desenfrenada extravagancia y el enardecimiento del espíritu medieval. Quien solo buscase información en los documentos oficiales, considerados con justicia como las fuentes más seguras para el conocimiento de la historia, podría hacerse de este trozo de la historia medieval una imagen que no se diferenciaría en nada esencial de una descripción de la política de ministros y embajadores en el siglo XVIII. Pero en semejante imagen faltaría un elemento importante: el colorido excesivo de la pasión violenta, que animaba tanto a los pueblos como a los príncipes. Sin duda existe en la política

[28] *Journal d'un bourgeois,* pág. 219.

moderna un elemento pasional, pero tropieza con más trabas e impedimentos, excepción hecha de los días de revolución y de guerra civil; va encarrilado de cien maneras por el complicado mecanismo de la vida social. En el siglo XV se desborda la pasión espontánea en tal medida que salta una y otra vez por encima de la propia conveniencia y del cálculo. Si esta pasión va de la mano con el sentimiento del poder, como en el caso de los príncipes, entonces obra con doble vehemencia. Chastellain expresa perfectamente esta idea en su estilo solemne: no es maravilla, que los príncipes se encuentren con frecuencia en hostilidad unos con otros, *«puisque les princes sont hommes, et leurs affaires sont haulx et agus, et leurs natures sont subgettes à passions maintes comme à haine et envie, et sont leurs coeurs vray habitacle d'icelles (des passions) à cause de leur gloire en régner»* («porque los príncipes son hombres, y sus asuntos son peligrosos y de gran altura, y sus naturalezas están sujetas a muchas pasiones como el odio y la envidia, y sus corazones son verdadero habitáculo de ellas [las pasiones] debido a la vanagloria del trono»)[29]. ¿No es esto aproximadamente lo mismo que Burckhardt ha llamado «el *pathos* de la dominación»?

Quien quisiera escribir la historia de la casa de Borgoña tendría que hacer resonar una y otra vez, como tema de su relato, un motivo de venganza, negro como un catafalco, que en cada acción de guerra o de paz dejase en el lector el gusto amargo de su espíritu lleno de lúgubre sed de venganza y de orgullo desatado. Sería seguramente muy ingenuo tornar a la opinión harto simple que se hizo sobre esa historia el propio siglo XV. No es posible, naturalmente, derivar de la cadena de venganzas recíprocas de Orleáns y Borgoña, las dos ramas de la casa de Valois, la total oposición de poderes de que brotó la secular contienda entre Francia y los Habsburgo. Pero debería recordarse más frecuentemente de lo que suele suceder, al indagar las causas generales políticas y económicas, que para los contemporáneos, tanto los espectadores como aquellos que eran actores del gran litigio, era la venganza el momento esencial que regía las acciones y los destinos de los príncipes y de los países. Felipe *el Bueno* es en primera línea, para ellos, el vengador, *«celluy qui pour vengier*

[29] Chastellain, III, pág. 30.

l'outraige fait sur la personne du duc Jehan soustint la gherre seize ans» («aquel que para vengar la atrocidad cometida sobre la persona del duque Juan sostuvo la guerra durante veinte años»)[30]. Como una sagrada misión la tomó Felipe sobre sí:

En toute criminelle et mortelle aigreur, il tireroit à la vengeance du mort, si avant que Dieu luy vouldroit permettre; et y mettroit corps et âme, substance et pays tout en l'aventure et en la disposition de fortune, plus réputant oeuvre salutaire et agréable à Dieu de y entendre que de le laisser.

Envuelto en la cólera más violenta y mortal, se consagró a la venganza del muerto, en la medida en que Dios se lo permitiera; y entregaría cuerpo y alma, sus dominios y posesiones, a lo que la ventura y la fortuna dispusieran, ya que consideraba más saludable y agradable a Dios acometerlo que dejarlo estar.

Con gran severidad se reprochó al dominico que predicó en 1419 la oración fúnebre del duque asesinado haberse atrevido a recordar el deber cristiano de no vengarse. La Marche presenta las cosas como si el deber de honrar y vengar al muerto hubiese sido la meta de las aspiraciones políticas de los propios dominios del duque[31]: todas las clases sociales de sus dominios clamaban con él venganza, dice[32].

El Tratado de Arras, de 1485, que debía traer aparentemente la paz entre Francia y Borgoña, comienza con las sanciones por el asesinato de Montereau: fundar una capilla en la iglesia de Montereau, donde había estado enterrado primeramente Juan, capilla en la cual debía cantarse un réquiem diario por toda la eternidad; fundar una cartuja en dicha ciudad; poner una cruz en el mismo puente en que había tenido lugar el hecho; pagar una misa en la iglesia de los cartujos de Dijon, donde estaban sepultados los duques de Borgoña[33]. Pero esto era solo una parte de la total sanción y vergüenza pública que exigió el canciller Rolin en nombre del duque; había, además, no solo en Montereau, sino también en Roma, Gante, París, Santiago de Compostela y Jerusalén, iglesias

[30] La Marche, I, pág. 89.
[31] Chastellain, I, págs. 79, 82; Monstrelet, III, pág. 361.
[32] La Marche, I, pág. 201.
[33] En el *Tratado de Arras* ver, entre otros, La Marche, I, pág. 207.

con capiteles y con inscripciones de piedra que debían relatar el hecho[34].

Una necesidad de venganza, revestida de formas tan prolijas, tiene que haber dominado completamente el espíritu. Y el pueblo no habría podido comprender la política de sus príncipes mejor que estos simples motivos primitivos del odio y la venganza. La adhesión a los príncipes tenía un carácter de impulsividad infantil; era un espontáneo sentimiento de lealtad y compañerismo. Era una supervivencia del viejo y fuerte sentimiento que unía a los *auxiliares juramentados* con el demandante y a los hombres de guerra con su señor, y que se inflamaba, rotas las hostilidades, con una pasión que lo olvidaba todo. Era un sentimiento partidista, no un sentimiento político. La última Edad Media es la época de las grandes luchas de partidos. En Italia se consolidan los partidos ya en el siglo XIII, en Francia y en los Países Bajos aparecen por todas partes en el siglo XIV. Al estudiar la historia de aquel tiempo sorprende a menudo la falta de fundamento con que la moderna investigación histórica deriva de causas económico-políticas esas luchas partidistas. Los antagonismos económicos utilizados como base son construcciones puramente esquemáticas que no pueden sacarse de las fuentes con la mejor voluntad del mundo. Nadie pretende negar la existencia de causas económicas en estas agrupaciones de partido; pero el insatisfactorio resultado con que se han explicado hasta hoy autoriza a preguntar si para la comprensión de la lucha de los partidos en la última Edad Media no ofrecería por el momento más ventajas un punto de vista psicológico-político que el económico-político.

Lo que realmente sobre el origen de los partidos resulta de las fuentes, es poco más o menos lo siguiente. En la época puramente feudal vense por todas partes pequeñas guerras locales, en las que no cabe descubrir otro motivo económico que la envidia del uno por los bienes del otro. Sin embargo, no solo por los bienes ajenos, sino con no menos vehemencia por el propio honor. El orgullo de familia y la sed de venganza, la lealtad apasionada por parte de los súbditos, son entonces impulsos perfectamente primarios. Mas a medida que se extiende y consolida el poder del Estado, se polarizan en cierto modo todas estas guerras de familia en el sentido del poder central

[34] Chastellain, I, pág. 196.

y se concentran en partidos, los cuales no conciben la causa de su antagonismo más que partiendo de la base de la solidaridad y del honor colectivo. ¿Vemos más profundamente dentro de las causas cuando postulamos antagonismos económicos? Cuando un sagaz contemporáneo declara que no es posible descubrir razones fundadas del odio entre *jibosos y bacalaos* en Holanda[35], no basta encogerse despectivamente de hombros y tratar de ser más avisados que él. No hay de hecho una sola explicación satisfactoria de por qué los Egmond han sido *bacalaos* y los Wassenaer *jibosos.* Pues los antagonismos económicos que caracterizan a sus familias solo son el producto de su posición frente al príncipe, como afectos a este o aquel partido[36].

La vehemencia con que podía actuar la emoción causada por la adhesión a los príncipes se lee en cada página de la historia de la Edad Media. El poeta del milagro de *Mariquita de Nymwegen* nos presenta a la perversa tía de Mariquita riñendo y a punto de matarse primero con las vecinas, por causa de la lucha entre Arnoldo y Adolfo de Geldern, y dándose más tarde muerte, de rabia, al saber que el viejo duque es librado de su cautiverio. Este poeta trata de poner en guardia contra los peligros del partidismo. Escoge para ello un ejemplo extremo: un suicidio por partidismo. Ejemplo exagerado, sin duda, pero prueba, sin embargo, del carácter apasionado que atribuía el poeta al sentimiento de partido.

Pero también hay ejemplos más consoladores. Los regidores de Abbeville hacen repicar a medianoche las campanas porque ha llegado un mensajero de Carlos de Charolais con el ruego de que se ore por la curación de su padre. Los espantados ciudadanos afluyen a la iglesia, encienden cientos de cirios y se pasan llorando, de rodillas o echados en el suelo, la noche entera, mientras las campanas siguen repicando[37].

[35] Basin, III, pág. 74.

[36] Una interpretación como esta no implica en absoluto el desconocimiento de los factores económicos, pues ha de formularse necesariamente como una protesta contra la interpretación económica de la historia, según cabe demostrar con la siguiente cita de Jaurès: «Mais il n'y a pas seulement dans l'histoire des luttes de classes, il y a ausi des luttes de partis. J'entends qu'en dehors des affinités ou des antagonismes economiques il se forme des groupements de passions, des intérêts d'orgueil, de domination, qui se disputent la surface de l'histoire et qui déterminent de très vastes ébranlements». *Histoire de la révolution française,* IV, pág. 1458.

[37] Chastellain, IV, pág. 201; cf. mi estudio *Studie uit de voorgeschiedenis van ons nationaal besef,* en *De Gids,* 1912, I. (Ahora en *Tien Studiën Haarlen,* 1926.)